

ros. Esta era una de las condiciones principales que Roma imponía a los vencidos y cuyo cumplimiento vigilaba con mas solicitud; como sucedió en este caso, porque el rey de la tribu soltó muy pocos conservando la mayor parte como esclavos; con lo cual irritó tanto a Juliano, que cuando Hortari se presentó después a recibir el regalo de costumbre mandó prender a cuatro de sus acompañantes como hombres y apoyos principales del rey, y no les dió libertad, hasta que todos los cautivos fueron restituidos. Dice Zósimo que Juliano había hecho formar listas muy completas de todos los súbditos romanos que las bandas de germanos se llevaban en sus correrías y que se servía de estas listas cuando hacia la paz con una tribu para exigir a los bárbaros la restitución de todos los que se habían llevado dando el nombre de cada uno y el punto donde había sido cogido, con lo cual sorprendió y atemorizó no poco a los bárbaros que no comprendían como un hombre podía saber tanto.

Es probable que Juliano no quisiera prender al mismo rey ya que según el citado autor se le había presentado, porque solo él con su influencia podía obligar a todos los de su tribu a dar libertad a cada uno a los prisioneros que tenía.

Estos datos son muy instructivos, porque demuestran que en aquel tiempo tenían cabalmente gran importancia los parciales de los reyes alamanos. En la batalla de Estrasburgo figuran tres amigos de Cnodomaro, y a la sazón se presentaba Hortari con cuatro, que manifiestamente eran los individuos principales de los que le seguían como jefe; nobles, por supuesto, que tenían a su vez muchos parciales, y que después del rey ejercían la mayor influencia en las asambleas de la tribu; por manera que el poder del rey descansaba principalmente sobre su fidelidad y poderío, lo cual le movió a salvarlos aun a costa de cumplir la orden mas odiosa que le diera el vencedor.

Interesante es el dato de que los reyes y jefes sometidos recibían un regalo como costumbre fija, habiendo casos, según veremos, en los cuales, cuando este regalo no parecía suficiente se alzaba toda la tribu o pueblo a nueva guerra.

Otra condición mas humillante impuso Juliano al rey vencido, que quedó deslumbrado al verse en presencia del vencedor, y fué la de acarrear con su gente las maderas y otros materiales para la reconstrucción de las poblaciones romanas que con su tribu había destruido, amenazándole con la muerte si no cumplía esta orden; lo cual prometió hacer puntualmente.

No se le impusieron remesas de víveres, como a Suomaro, por no ofrecer entonces su comarca ningun recurso de esta clase.

«Así fué como aquellos reyes antes tan indomables y fanfarrones, acostumbados a vivir y enriquecerse de lo que robaban en territorio romano, se vieron finalmente obligados a doblar la cerviz y a cumplir irremisiblemente la orden de Roma como si siempre hubiesen sido tributarios de ella desde su nacimiento.»

Concluido todo esto, distribuyó el general las tropas en sus cuarteles de invierno y él regresó a Paris. En la corte del emperador que se hallaba a la sazón en Sirmio, no sabían los cortesanos como rebajar el mérito de Juliano para halagar a su amo, cuando llegaron los partes que aquel tenía obligación de remitir puntual y detalladamente al emperador. Entonces aquellos sapientísimos profesores del arte de adular, «dijeron que ya se hacia insostenible con sus victorias aquel macho cabrío (aludiendo a la lengua barba que Juliano llevaba como usaban los filósofos), que no era hombre sino un topo parlanchin, una mona vestida de púrpura, un griego maestro de escuela, un sabio de bufete, afeminado é indolente, que adornaba y exageraba todas sus hazañas con elegantes figuras retóricas »

No disfrutó de mucha tranquilidad el emperador en Sirmio durante el invierno de 357/358; frecuentes noticias fatales de las provincias danubianas y en especial de la ilírica venían a interrumpir su reposo. Habíanse aliado y hasta en parte fusionado desde algun tiempo los cuados con los pueblos vecinos de raza sármata; su género de vida, armas y modo de guerrear se habían identificado poco a poco, incliniéndose más a las asechanzas y sorpresas, pasando el río fronterizo en canoas ó a nado, que a desafiar abiertamente al enemigo. Sus armas principales eran lanzas largas y como defensivas una coraza hecha de escamas de cuerno cosidas sobre un jubon de tela; montaban caballos castrados porque los enteros solían desbocarse ó descubrirse con sus relinchos al ver ó sentir próximas las yeguas. Eran muy veloces, de mucho aguante y perfectamente aptos para las correrías en país enemigo y para escapar si amenazaba peligro, sin contar que cada jinete llevaba además del caballo que montaba dos de relevo para cambiar y no cansarlos. Todas estas costumbres eran propiamente sármatas, y las habían adoptado paulativamente los cuados por las causas referidas.

Apénas pasó el equinoccio de primavera, el emperador se puso en marcha hacia el Danubio con un ejército respetable. El río había salido de madre a causa del derretimiento de la nieve; pero pudo pasarlo el ejército por un puente de barcas, y arrojarse así devastando todo el país enemigo, cuyos habitantes léjos de sospechar la presencia de fuerzas imperiales no creían siquiera posible su reunión, hasta que las vieron ya encima. Entonces nadie pensó más que en salvarse, refugiándose en los puntos más accesibles de las sierras desde donde vieron cómo el enemigo arrasaba todo su país, logrando de cuando en cuando hacer prisioneros a algunos fugitivos. Esto sucedió en aquella parte de la Sarmacia que lindaba con la Panonia Segunda, repitiéndose después la misma devastación a sangre y fuego en el país cerca de la comarca llamada Valeria, del nombre de la hija de Diocleciano, esposa de Galerio, es decir, una parte de la Panonia Oriental y Baja.

Los germanos, para arrojar a los romanos de su territorio é impedir que acabasen de devastarlo todo, acercáronse a ellos, fingiendo solicitar la paz, y los atacaron en un punto favorable divididos en tres huestes. Al saberlo los cuados, acudieron también para participar del botín, pero perdieron; los que no quedaron en el campo de batalla huyeron por senderos solo conocidos por ellos, y se ocultaron en los sitios mas escabrosos de sus montañas. El ejército imperial se dirigió a marchas forzadas al país de los cuados, los cuales se dividían como todos los bárbaros en muchas tribus independientes una de la otra, a las órdenes de jefes, que Amiano distingue en reyes, subreyes y personas régias (*regalis*).

En fin atemorizados los cuados, solicitaron y obtuvieron la paz, siguiéndose luego análogas negociaciones con los sármatas.

Un caudillo sármata llamado Zisais hombre joven todavía, presentóse al emperador a ofrecer su sumisión en compañía de tres otros menores (subregulos) llamados el uno Rumo, después nombrado rey de otras tribus sármatas por el emperador, y Zinafero y Fragileto los otros y muchos notables de sus respectivas tribus. Alcanzaron junto con la paz el permiso de quedarse en el territorio que ocupaban, bajo la condición de dar rehenes y de restituir todos los prisioneros y cautivos. Tan ventajoso resultado determinó a presentarse también a los reyes Araharo y Usafero; el primero dominaba sobre una parte de los cuados al otro lado de los montes; y el segundo era jefe de una tribu de sármatas de las mas próximas y mas semejantes a los cuados. El emperador temeroso de que tanta multitud de bárbaros reunidos con el pretexto de hacer

la paz, pudieran en un momento dado hecharse de consuno sobre las legiones, hizo partir a los sármatas hasta haber concluido las negociaciones con Araharo y los cuados. Estos últimos no podían negar ni justificar sus depredaciones; tenían un castigo ejemplar pero escaparon con la entrega de rehenes, entrega que hasta entonces jamás habían podido lograr de ellos los romanos.

Arregladas estas cosas pasó el emperador a tratar con Usafero y los sármatas, a lo cual se opuso el caudillo germánico Araharo con muchas reclamaciones y ruido pretendiendo que este Usafero era un aliado inferior y subordinado suyo con el cual no se podía tratar independientemente de él como señor soberano suyo; cosa que cabalmente la política romana trataba de eludir porque no le convenia un ensanche del poder germánico mucho menos incluyendo tribus eslavas como vasallas. Por esta razón declaró a estos sármatas libres del yugo extranjero, los reconoció como protegidos perpetuos de Roma y les exigió rehenes en garantía de su comportamiento pacífico como pueblo independiente.

Cuando se divulgó la noticia de haberse escapado Araharo sin castigo, siendo acaso uno de los jefes mas poderosos y que en proporcion mas daño había hecho al imperio, acudieron reyes y pueblos en tropel y en gran multitud, evidentemente cuados y sármatas, para suplicar al emperador que retirase su espada «que ya creían sentir sobre su cuello.» Todos lograron su pretension y se apresuraron a ir a buscar en el interior los hijos de sus notables para entregarlos en rehenes, y con igual presteza devolvieron todos los cautivos que habían hecho, «no obstante que esto les era mas doloroso que entregar a sus propios hijos.»

De esta última frase del autor antiguo se puede inferir que los germanos en sus expediciones ó guerras no mataban a los vencidos prisioneros, sino que les conservaban como obreros, artesanos y labradores mas instruidos que ellos. De aquí que estos cautivos fuesen tan apreciados como los guerreros de la propia raza.

Amiano relata algunos otros sucesos ocurridos anteriormente entre los sármatas de los cuales los siguientes influyeron en la vida de las tribus germánicas limítrofes.

Varias tribus sármatas, atacadas por otras escitas, habían armado sus esclavos el año 334 para rechazar al enemigo; pero estos después de arrojar a los escitas hicieron lo mismo con sus amos, que no tuvieron mas remedio que huir y pasar al territorio del imperio donde los acogió Constantino, haciendo ingresar algunos en las filas del ejército y estableciendo otros cerca de su país en la Tracia, Macedonia y algunos hasta en Italia.

Una parte de los expulsados había encontrado refugio entre el pueblo godo de los victofalos, prefiriendo servir a estos antes que a sus propios esclavos. Estos sármatas dependientes de los godos pertenecían a las tribus a quienes el emperador había perdonado, y estando otra vez en gracia, relataron al emperador lo que les había pasado con sus esclavos y se quejaron de las depredaciones que estos ejercían. El emperador decidió ampararlos, declarándolos delante de todo el ejército independientes de los victofalos y encargándoles en términos muy bondadosos que en adelante solo prestaran obediencia a él y a sus generales. Para hacer mas honorífica la libertad (!) que les devolvía «les dió por rey al Zisais mencionado al cual ya antes habían designado para regirlos,» y que en efecto «se mostró después por su talento y fidelidad a Roma digno de esta distinción,» es decir que este rey vino a ser un fiel y activo agente de Roma que en último resultado solo se había sustituido a los anteriores jefes de estas tribus, los godos victofalos.

Cuantos lograron la paz y el perdón de sus atrocidades

anteriores, quedaron sin embargo detenidos en el campamento hasta haber hecho entrega de todos los prisioneros que tenían.

Quedaban todavía por someter muchas tribus cuadas, y con el fin de lograrlo y de ahogar hasta la última resistencia de aquellos bárbaros «en lágrimas y sangre,» dirigióse el emperador con su ejército a Bregecio, hoy Uj-Szőny en frente de Comorn a la izquierda del Danubio, y cuando los cuados le vieron en el corazón de su país, antes romano y vuelto otra vez bárbaro, acudieron para hacer su sumisión formal Vitridor, hijo del rey Viduaro, Agilimundo y muchos otros jefes inferiores y caudillos notables de diferentes distritos. Todos obtuvieron el perdón de sus anteriores invasiones, cumpliendo en cambio todas las órdenes que se les dieron, entregando sus hijos en rehenes del fiel cumplimiento de las condiciones impuestas y jurando sobre sus espadas, veneradas como divinidades, que guardarían la paz. Así dice el autor romano, pudiendo entenderse que los cuados eran fetichistas, cuando por el contrario eran celosos adoradores del dios de la guerra Tir, ó Ziu al cual estaban consagradas todas las espadas; de suerte que la espada representaba en el acto de jurar al mismo dios como atributo y símbolo suyo. Al hablar el autor de los jefes que se presentaron, cita además de reyes, subreyes y personas régias, otras que llama optimates, que eran individuos y jefes de familias distinguidas ó nobles, y luego jueces presidentes de varios pueblos que debían de ser jefes de distritos que hacían en muchas cuestiones interiores de la tribu a la vez de caudillos y de jueces a falta quizás definitiva ó temporal de los caudillos y jueces naturales.

Habiendo sido admitidos y perdonados los sármatas *arcarogantes*, que así llamaban los romanos a los expulsados por sus esclavos, dirigióse el emperador contra estos ó sean los sármatas *limigantes*, que habían continuado las expediciones de robo en territorio romano. El plan del emperador era castigarlos y trasladarlos al interior para alejarlos como vecinos tan peligrosos de la frontera. No tardaron en presentarse en grandes masas delante del campamento romano aparentando querer negociar la paz, pero en realidad, dice Aniano, para arrojarse en el momento favorable sobre el ejército; de suerte que el emperador, para evitar toda sorpresa, máxime caminando el día a su fin, lo hizo rodear sin que lo advirtiesen, y degollarlos a todos. Hecha esta carnicería horrorosa, procedióse al incendio de las viviendas mas próximas, que no eran mas que chozas ligeras de palos, llevando a la esclavitud a las mujeres y niños que no perecieron. Al día siguiente pasaron las tropas el río persiguiendo y matando a los bárbaros en sus mas ocultas madrigueras y pantanos, «a fin de quitarles toda esperanza é idea de resistencia y salvación.» Habiendo de este modo aniquilado a los *amicenses* entre el Theis y el Danubio, se dirigieron las tropas contra los *pienses*, que habitaban probablemente al Nordeste, y les acometieron en el interior de sus montañas con el auxilio de los citados sármatas dueños anteriormente del país y de los habitantes y con el de los taifales que pertenecían al grupo godo; tropas que operaron cada una por su lado, mientras las legiones atacaron por el lado de la Mesia. Viéndose en tan grande aprieto los sármatas *limigantes*, abandonaron sus montañas y dilatados páramos y se presentaron también con sus familias y todo cuanto poseían en el campamento romano para someterse y dejarse trasladar a otro territorio apartado del Danubio. El emperador fué aclamado por el ejército por segunda vez *sarmático* y regresó en triunfo a Sirmio.

No tardó en saber, en el año 359, que estos sármatas *limigantes* habían vuelto a abandonar el territorio que les había sido designado, é invadido las comarcas del imperio.

Al momento marchó contra ellos, y entonces solicitaron una entrevista y ofrecieron someterse. Cuando estaban en lo mas vivo de la discusion, se abalanzaron sobre Constantino para matarlo; pero fueron acuchillados por las legiones indignadas.

Durante estos sucesos habia empleado Juliano el invierno en mejorar la administracion interior de la Galia, en disminuir la pesada carga de las contribuciones, é impedir el enriquecimiento de los funcionarios á expensas del público y de los fondos del Estado. Vió y falló personalmente los litigios mas importantes, como en el caso de la acusacion falsa contra el ex gobernador de la provincia narbonense Numerio.

En estas ocupaciones le llegaron noticias de que varias tribus alamanas meditaban un nuevo ataque, con lo cual se convenció de que era indispensable una nueva campaña contra aquellas tribus so pena de renovarse los horrores de sus depredaciones; pero lo principal era encontrar el modo de echarse sobre ellas el primero y sorprenderlas en su mismo país; lo cual dependia de la actitud que adoptasen los caudillos vencidos en la campaña anterior, cuyo territorio se habia de atravesar por estar situado entre el Rhin y el de las tribus alborotadoras. A fin de conocer bien la intencion de aquellos y los preparativos de estas, mandó Juliano al rey Hortari, vencido y sometido el año anterior, con el pretexto de una embajada secreta un emisario de su entera confianza y de un valor á toda prueba, sabedor del idioma alamano, quizás hijo de este mismo pueblo y en todo caso germano, como lo prueba su nombre de Hariobando. Este era tribuno supernumerario al servicio del imperio, y desde la comarca de Hortari fácilmente podia informarse con exactitud de los movimientos y planes de los jefes limitrofes sospechosos y acusados de proyectos hostiles.

Mientras Hariobando cumplia con su mision y se aproximaba la estacion favorable, púsose en general el movimiento con sus fuerzas hácia el Rhin; pero en lugar de pasar al territorio enemigo recorrió las ciudades devastadas, bien que en parte todavia habitadas, para restaurarlas y fortificarlas de nuevo. Al mismo tiempo construyó de nueva planta los edificios destinados á depósitos de cereales que debia recibir de la isla de Bretaña, con cuyo objeto habia hecho el año anterior sus expediciones contra los sajones y francos. Las nuevas construcciones progresaron y se concluyeron mas rápidamente de lo que el César habia esperado, y todas se llenaron de provisiones de boca. Además fueron restauradas siete ciudades ó plazas fuertes, á saber: Castra Herculis, quizás Doorenburg de hoy; Quadriburgium en la isla bátava y segun otros Qualburg cerca de Cleveris; Novesium hoy Neuss; Tricesimæ, campamento fortificado de la legion trigésima cerca de Xanten, Bonn, Andernach y Bingen que existia ya en tiempo de Tácito.

En este último punto tuvo Juliano la agradable sorpresa de la llegada del gobernador general de la Galia, Florencio, con una division de ejército y abundantísimas provisiones para abastecer las tropas por mucho tiempo. Asegurada esta parte tan importante, reunió Juliano todas las fuerzas disponibles para la pronta reconstruccion de las murallas de todas las plazas recuperadas, antes que el enemigo pudiese impedirlo y acaso volver á destruirlas. Tuvo la suerte de ser admirablemente secundado en este propósito por el afecto que los romanos profesaban á su general; y los bárbaros, por temor de incurrir en severo castigo, se aplicaron todos á porfia á las obras. Los jefes alamanos, cumpliendo con las condiciones de paz que les habian sido impuestas en el año anterior, enviaron en sus carretas materiales, y las mismas tropas auxiliares, que ninguna obligacion tenian y que por lo comun se desentendian de semejantes tareas, se prestaron volunta-

riamente, ganadas por la afabilidad de Juliano, á acarrear en hombros troncos de árboles de 16 y mas metros de longitud, prestando además en otros trabajos importantes servicios.

Cuando todas estas obras marchaban mejor y se aproximaban á su conclusion, volvió el agente secreto, Hariobando, con las noticias mas completas. En su consecuencia, dirigióse Juliano con sus fuerzas á toda prisa á Maguncia, donde los jefes principales se empeñaron en querer atravesar el rio por el puente fortificado de aquella plaza. El César se opuso á ello fundando su negativa en razones por demás convincentes y que en parte ponen de manifiesto el gran cambio que en el trascurso del tiempo habia experimentado el ejército romano y lo mucho que habia desaparecido su antigua, rígida y ejemplar disciplina, por lo mismo que se componia ya en su mayor parte de elementos bárbaros en lugar de quirites romanos. Dijo que teniendo que atravesar si se pasaba el Rhin por aquel puente las comarcas de los reyes pacificados el año anterior, se exponia á darles motivo de considerar anulados los convenios celebrados á consecuencia de las depredaciones que los soldados no dejaban de cometer por donde pasaban. De aquí resulta que los distritos de los reyes Hortari y Suomaro se hallaban en la orilla derecha del Rhin en frente de Maguncia. Los jefes contra los cuales iba dirigida esta campaña habian colocado á Suomaro en una posicion muy crítica, exigiendo de él con grandes amenazas que se opusiera al paso del ejército romano por su territorio limitrofe del Rhin. Colocado entre estas amenazas de sus afines, y el poder romano, no menos ó quizá mas temible para él, ni queria exponerse á la venganza terrible de los romanos faltando al pacto celebrado, ni tampoco correr el riesgo mas inmediato y por de pronto mayor, de irritar á sus vecinos, de quienes no le separaba ningun rio. Supo salir, sin embargo, muy hábilmente del compromiso. Dijo á sus compatriotas que él solo no bastaba para impedir el paso á los romanos por mucho que se empeñara en ello; y de este modo, si los demás lo hacian invadiendo su distrito á la fuerza, él no tendria la culpa y podria presentarse tranquilamente á los romanos como víctima de fuerza mayor, ahorrándose por otra parte la visita de los romanos si los otros jefes germanos les rechazaban. Es probable que el mismo Juliano le sugiriese este medio para asegurar el mejor éxito de su plan, salvar á su aliado de todo compromiso, y justificar á la vez lo acertado que habia andado en oponerse al paso del Rhin por aquella parte, donde las pérdidas habian de ser precisamente grandísimas luchando de frente con aquellos pueblos numerosos y guerreros.

No tardaron en reunirse todas las tribus vecinas de Suo, maro; invadieron su territorio sin que él opusiera resistencia, y tomaron posiciones en frente de Maguncia á orillas del Rhin, resueltos á impedir el paso al enemigo que no tenia ninguna intencion de efectuarlo por aquel lado, teniendo ya destinado otro punto para este objeto. Los bárbaros, al ver que los romanos se movian rio arriba, hicieron lo mismo en la otra orilla, marchando cuando estos marchaban y vigilando toda la noche en frente donde les veian plantar sus tiendas, hasta que al cabo de algunos dias Juliano llegó al punto que habia elegido para realizar su proyecto. Allí hizo descansar las tropas al abrigo de fortificaciones levantadas de tierra con sus correspondientes fosos. El puente no debia echarse allí, sino mas abajo, en un sitio en frente del territorio del rey Hortari, por donde debia pasar el ejército como si Hortari no supiese nada; y para mejor enganar al enemigo, no habia comunicado Juliano á nadie su intencion. Es probable que para asegurar el éxito y no exponer á la venganza de sus compatriotas al rey Hortari, conviniera Juliano en secreto con él como con Suomaro

aquel plan, que tuvo un éxito completo sin comprometer á ninguno de los dos reyes.

Por la noche reunió Juliano 300 soldados de tropa ligera, escogida y mandados por tribunos de confianza, todos armados solamente de estacas y sin que ninguno supiese adonde se les dirigia. A hora muy adelantada se presentaron en el rio 40 góndolas de recreo, en las cuales se embarcaron, no habiendo otras embarcaciones á mano; pues aquellos tiempos en que escuadras de guerra romanas dominaban el rio, y subian triremes hasta el Liipe, habian pasado para siempre. Mientras que los centinelas de las huestes alamanas no apartaban la vista de las hogueras del campamento romano para espiar todos sus movimientos, bajaron las góndolas el rio con los remos fuera del agua para no llamar la atencion del enemigo con el ruido mas insignificante. La columna desembarcó en el sitio prefijado por Juliano y donde los bárbaros no habian pensado en poner vigilantes.

El rey Hortari, sin faltar al pacto que el año antes le impusiera Roma, habia quedado en relaciones amistosas con sus vecinos germánicos. Esta circunstancia es digna de ser notada, porque indica un cambio trascendental en la posicion de Roma en frente de los germanos desde los tiempos de Augusto y de Druso. Entonces habria sido difícil á un rey de tribu aliado de Roma, conservar relaciones pacificas ó amistosas con otros jefes de tribus enemigas del imperio, porque ni Roma lo hubiera permitido ni los bárbaros se hubiesen reunido ni continuado su amistad con el compañero apóstata de la causa germánica. Todo esto habia cambiado; porque solo en ocasiones raras y excepcionales pisaban fuerzas romanas la orilla derecha del Rhin, y el imperio no pudiendo proteger á sus aliados al otro lado del rio, tampoco podia impedirles ni castigarlos por continuar amigos de los jefes no sometidos; y los alamanos sabian muy bien en esta ocasion que los reyes Hortari y Suomaro solo cumplian su pacto con Roma hecho por la fuerza imperiosa de las circunstancias para evitar su ruina segura, y no libremente ni por cohecho, ni celos, ni por traicion.

Entre tanto habia reunido Hortari á todos los reyes y jefes que estaban en guerra con Roma y tambien á sus hijos en un banquete que segun costumbre alemana duraba hasta la madrugada, cuando no se prolongaba por varios dias y noches, consistiendo la principal diversion en hacer circular los anchurosos cuernos de uro llenos de vino ú otra bebida fuerte. Cabalmente al retirarse los convidados se encontraron con la columna romana que acababa de desembarcar en la orilla derecha; sorprendidos pudieron escaparse los jefes alamanos validos de la oscuridad de la noche y de sus caballos veloces, pero no su acompañamiento que con pocas excepciones fué degollado por los romanos.

Cundió la voz de que los romanos habian pasado el rio, y resultó lo de siempre. Los romanos sabian por experiencia que pudiendo dar con el enemigo, quedaba hecho el trabajo principal, pero en esta ocasion no lograron concluirlo, porque el terror se apoderó de todos los jefes y pueblos que tanto empeño tenian en impedir al enemigo el paso del rio, y perdiendo su ardor bélico, huyeron á la desbandada por todos lados al interior de las selvas no pensando mas que en salvar sus familias y bienes. En esto se estableció el puente sin dificultad y el ejército se presentó en medio de los bárbaros consternados; atravesó las comarcas del rey Hortari respetando personas y propiedades, y al llegar á las del enemigo las atravesaron los soldados, asolando, saqueando é incendiando todas las viviendas, frágiles chozas, y matando á mucha gente.

Así llegaron pasando sobre ruinas y cadáveres por en medio de gente pidiendo clemencia á un sitio llamado Capelacio

ó Palas en la antigua frontera militar del imperio y que á la sazón, segun indicaban varios hitos, separaba el territorio de los alamanos del de los borgoñones. Allí hizo alto el ejército y construyó un campamento fortificado para recibir la sumision de los dos reyes hermanos Macriano y Hariobando, tocayo este último del tribuno que hizo de agente explorador, los cuales, en vista del peligro que les amenazaba, se presentaron á solicitar la paz. Siguióse luego otro rey llamado Vadomaro, cuya comarca se hallaba al Sudoeste del país de los alamanos, en frente de los rauricos. Presentó cartas de recomendacion del emperador y fué recibido en su consecuencia amistosamente, conforme era justo tratándose de un caudillo ya de largo tiempo en amistas relaciones con el imperio y protegido del soberano. Macriano y Hariobando, segun costumbre establecida, fueron paseados por todo el campamento para enseñarles todo lo que para ellos contenia de notable y quedaron tan asombrados al ver las águilas, enseñas y lujoso armamento y trajes de las tropas, cosas que veian por primera vez, que pidieron clemencia para su pueblo. Vadomaro, como vecino de la frontera romana en su país, habia ya visto las magnificencias del mundo romano en su infancia, conforme dijo, bien que por esto no dejó de admirar lo que allí veia.

Después de un largo consejo de guerra, convino el general en conceder la paz á Macriano y á Hariobando, pero no á los jefes ausentes Uro, Ursicino y Vestralpo, á quienes representaba para aquel objeto Vadomaro, el cual llevaba además el de averiguar las intenciones de Juliano para con él y su pueblo. El no acceder á la solicitud de los reyes ausentes reconocia por motivo el temor de que no se considerasen ligados por un pacto que otro hubiera celebrado por ellos.

Quería además Juliano humillarlos y obligarlos á someterse en persona. Así se hizo en efecto; el ejército pasó á su territorio y lo devastó quemando viviendas y mieses, haciendo prisioneros y matando á muchos hasta que se presentó una embajada impetrando la paz y el perdon, «como si ellos hubiesen asolado nuestro territorio», dice Amiano; pero el caso era que ellos se referian al mal que habian causado en sus expediciones, sin contar que tambien habian tomado parte en la batalla de Estrasburgo el año anterior. Se les concedió la paz bajo las condiciones de costumbre, siendo la principal la inmediata entrega de todos los súbditos romanos que se habian llevado cautivos en sus correrías. Los nombres de Macriano y Ursicino evidentemente latinos, que llevaban individuos que jamás habian vivido en el imperio, prueban que los prisioneros que se llevaban como esclavos, con sus conocimientos y cultura superiores extendieron mucho la lengua, las artes y la civilizacion romanas en el interior de los países bárbaros.

Juliano regresó después de estas victorias á Paris sin hacerse ilusiones sobre la eficacia permanente de su campaña, tanto que el historiador Amiano dice expresamente que por el temor de nuevos levantamientos y hasta por las amenazas directas de los alamanos no se atrevió á ausentarse de la Galia para rechazar las invasiones de los escotos y pictos en la Bretaña romana. No pudiendo desamparar la Galia, envió en su lugar á la isla Británica al general Lupicino con tropas ligeras compuestas de hérulos, bátavos y dos secciones de mesios hácia fines de invierno, las cuales se embarcaron en Bononia, hoy Boulogne, y tomaron tierra en Rutupia, quizás Richmond ó Dover, desde cuyo punto se dirigieron sobre Londres.

En el curso de este invierno sucedió que el emperador con ciertos actos dictados por su necia envidia impulsó el ejército á la rebelion y á su general afortunado y victorioso